

Una firme razón para el deseo
Poesía reunida

A la orilla de un pozo

(1936)

ADVERTENCIA DE
A LA ORILLA DE UN POZO
(incluida en la segunda edición)

Al reeditarse ahora este libro, surgido en el mes de mayo de 1936, podría argumentar que le expongo a una nueva aparición solamente por el incontenible deseo de verlo una vez más en letra de imprenta. Pero sucede que, desde la altura de mis años, temo que tal vez no prevalezca su gracia —en cierto modo caprichosa— suficiente para imponer —digamos ofrecer por disimular la imposición— al lector un producto poético conservado durante cincuenta años y perteneciente al sector de mi obra no solo no cultivado, sino manifestamente autoprohibido.

Hace poco —tres o cuatro años—, mi muy querida Maya Altolaguirre tuvo la idea de publicar un librito de versos míos, inspirada en aquella emisión de sonetos que, aconsejado por Juan Ramón Jiménez, lanzó Manuel Altolaguirre y, aunque me pareció absurdo, por la poca estimación que tengo de mis versos, cedí al influjo irresistible de tantas cosas para las que no encuentro un calificativo digno si no es el de graves... Entonces, para señalar mi relativa responsabilidad en tal publicación, adopté el título *Versos prohibidos*. Breve y vagamente lo expliqué en unas páginas introductorias y ahora me toca explicar el título del presente volumen, que es el mismo que llevaba en su primera aparición.

Estos sonetos o, más bien, la idea de estos sonetos se me ocurrió en una charla con Rafael Alberti, amante apasionado de la forma —pasión en la que coincidimos por nuestra iniciación profesional en las artes plásticas—, lamentando, con el inútil lamento que se pone ante lo fatal, el abandono

de la forma clásica que imperaba en la poesía de nuestro tiempo. Yo, de pronto, dije: «¿Por qué no hacemos versos clásicos, por ejemplo, sonetos, cuya forma es intocable, metiendo en su redondez de vaso sagrado las más informes, abruptas e incongruentes imágenes? ¿Por qué no practicar la inextricable libertad que nos da el surrealismo, su esencia incontestablemente poética —antes, ahora y siempre— moviéndose sin detrimento en la jaula estricta de los catorce versos que nos fue dada como el A, B, C?». Allí mismo, en un café de la Kunstfürstendam —en un tiempo que no sabría fechar si después o antes de Cristo—, iniciamos un soneto erótico, destinado a un amigo muy querido —María Teresa iba copiando los dislates que Rafael y yo soltábamos, cada uno un cuarteto, y todo quedó en una divertida y entrañable broma. Pero yo incubé la idea y a los pocos días hice un soneto que nunca llegué a mandar, por razones que ya trataré de explicar; quedó, pues, arrumbado y luego fui forjando otros que, por proceder de aquel momento amistoso, surgieron en forma de confidenciales secretos, esto es, acumulación de imágenes suscitadas por la relación más próxima con cada uno de mis amigos; así llegué a reunir treinta.

Puesto que la idea había surgido en mi mente, íntegra, se producía espontánea la acumulación de las cosas que entonces nos traíamos entre manos; por tanto, el soneto fue el siguiente:

Un incauto burgués rinoceronte
sobre su triste sino meditaba
cuando la oruga ardiente llameaba
en manos del doncel de Piamonte.

Bajo el cierzo, Semíramis bifronte
gritos de senectud al aire daba
y una parda torcaz periclitaba
entre el pubis y el sacro de Aqueronte.

¡Oh, blanca, dura y dulce melodía
oh, infinita y eterna mansedumbre,
que piedras paces y esperanzas yerras!

¡Oh, cerrazón del alba en la porfía
del oro, el cuenco, el cáncamo y la cumbre,
guarda el secreto del poder que encierras!

Y por ser así, por tener el tinte de lo que yo nunca quise immortalizar, porque mi culto a la memoria me lleva a condenar con el olvido aquello a lo que quisiera poder negar la existencia, enterré este soneto politicoide o mezquinamente social y confeccioné uno bastante frívolo —como toda cosa que nace sobre una dada precaución— para Rafael y otro para María Teresa, más acertado porque me lo inspiraron los maravillosos *collages* de Max Ernst, que también eran los materiales con los que entonces andábamos.

Yo, al poco tiempo, empecé a escribir mi novela *Teresa* y, de cuando en cuando, para descansar, escribía un soneto. El conjunto de su transcurso onírico me sugirió el instante inaprehensible que bordea la zambullida en el suelo y recordé la fábula del muchacho y la Fortuna. Tomé la mitad del primer verso, *A la orilla de un pozo*, y pensé prologarlo con un poema a la deidad versátil, que habría tenido igualmente una envoltura clásica. Empecé:

La que va, con pies leves, sobre la rueda alada
y velando, desvela al borde del abismo
al que tiende en la hierba su alma adormilada,
dándole la vigilia cruel de su sí mismo...

No fui capaz de seguirlo. Mi devoción por los poetas neoclásicos me impedía parafrasearlos con la ponzoñosa ironía de nuestro tiempo. Seguirlos, profesar en su escuela, no me era posible, como igualmente me habría ocurrido con la escultura, de la que adoraba los escasos ejemplares

que nuestra ciudad posee —y mal conserva—: el exquisito Lozoya, en Bravo Murillo; el grupo marcial de Daoiz y Velarde, la dolorosa Andrómaca —antes, al borde de un lago, en el Retiro, hoy respaldada por cipreses al final de Recoletos—. La forma, acto genésico del espíritu sobre el mármol, me habría llevado —a ser posible— hacia la candidez de Canova, pero —*enfant du siècle*— me expansioné en la prosa libérrima. Como amuleto, puse esas siete sílabas de Samaniego para que custodien mis sonetos desaforados.

Solo me queda por decir que este libro no puede ser admitido —si dijese comprendido resultaría enfático y pretencioso—; digo admitido, que quiere decir lo mismo, porque la única comprensión a que aspira es a la de una franca acogida en su total condición de extemporáneo. Es en un determinado punto de vista en el que tiene que ser mirado para no resultar deforme o estridente; un punto desde el que se distinga bien clara el aura que, en su tiempo, lo enmarcaba.

Ya dije que mi naturaleza memoriosa lanza a veces terribles condenas de olvido sobre *lo lamentable*... Condenas terribles, pero impotentes, porque lo que fue, fue.

A Concha [de] Alborno¹

Tú, de las grietas dueña y moradora,
 émula de la víbora argentina.
 Tú, que el imperio esquivas de la endrina
 y huyes del orto en la bisiesta hora.

Tú, que, cual la dorada tejedora 5
 que en oscuro rincón torva rechina,
 la vid no nutres, que al crisol declina
 y sí, su sangre exprimes, sorbedora.

Vas, sin mancharte, entre la turba impura 10
 hacia el lugar donde con noble traza,
 la paloma amamanta a sus hijuelos.

¹ Concha de Alborno¹ (1900-1972), hija del político republicano Álvaro de Alborno¹, fue una persona muy querida para Rosa Chacel. A ella le destina la autora varios de sus poemas y el ensayo *La confesión* (2020). También la menciona de forma recurrente en la biografía de su marido, su epistolario o sus memorias. Cuando Rosa y Timoteo volvieron de su periplo europeo y se instalaron en Madrid, coincidieron en el mismo edificio con Concha de Alborno¹ y su marido, Ángel Segovia, motivo por el que las dos parejas se hicieron muy amigas. Antes de la guerra pasaron varios veranos juntos los cuatro y, durante la posguerra, Rosa y Concha se reencontraron en Grecia, donde pasaron una temporada junto a Máximo José Kahn, que tenía un cargo diplomático allí, y el escritor griego Kazantzakis. Las dos amigas volvieron a coincidir muchos años después, ya durante la etapa del exilio, también en Nueva York y en México. Aunque Rosa Chacel siempre se refiere a Concha como su amiga, el poeta Luis Antonio de Villena, en *Luis Cernuda* (2002), indica que Vicente Aleixandre, basándose en lo que Cernuda le había contado, describía la relación que mantenían como lésbica (en Sanz Roig, 2006).

Yo, en tanto, mientras la sangrienta, oscura
trepadora mis muros amenaza,
piso el fantasma que arde en mis desvelos.

Cuando la mar esté bajo tu almohada,
 ¡alegría de turbas infantiles!
 ¡Triunfo de los egregios, varoniles
 pámpanos que estremece la alborada!

Frutos dará la náyade dorada 5
 que llamea en los ínclitos candiles
 y en sus perlas de amor claros abril
 hervirán al compás de tu mirada.

¡Qué ventura te aguarda en el impacto
 si alcanzar logras la divina orquesta! 10
 Tu frente surtirá con el contacto

de la escondida nuez templada y presta
 que a trompa airada vibrará en el acto.
 ¡La vida es gracia y el reír no cuesta!

VARIANTES

- 1 En todas las ediciones: *Cuando la mar esté bajo tu almohada*
- 2 En todas las ediciones: *¡Alegria de turbas infantiles!*
- 14 Madrid 1936: *¡La vida es gracia y el gemir no cuesta!*

² Como explica la autora en la «Advertencia» de *A la orilla de un pozo*, la conversación que mantuvo con Rafael Alberti (1902-1999) en Berlín durante la estancia que hizo en Alemania en los años treinta fue el origen de este poemario. En este texto y en otras declaraciones describe la relación amistosa que la unía tanto a Rafael Alberti como a María Teresa León. A su admiración por el poeta alude también en algunas entrevistas y artículos, como «Rumbo poético de Rafael Alberti» (*Los títulos*, 1981b). Por su parte, en *La arboleda perdida* (1975) Alberti también rememora la etapa en que León y él coincidieron con Chacel en la capital alemana.

*A María Teresa León*³

Si el alcotán anida en tus cabellos
y el Nilo azul se esconde en tu garganta,
si ves crecer del zinc la humilde planta
junto a tus senos o tus ojos bellos,

no cierres el ocaso con los sellos 5
que el Occidente en su testuz aguanta:
tiembla ante el cierzo y el nublado espanta.
Si oyes jazmines corre a través de ellos.

Yo sé bien que te escondes donde siguen 10
los hongos del delirio, impenitentes,
y que al cruzar su senda de delicias,

mariposas nocturnas te persiguen,
se abren bajo tus pies simas ardientes
donde lloran cautivas tus caricias.

VARIANTES

6 Madrid 1936: *que el Occidente en su testuz aguanta;*

8 Madrid 1936: *Si oyes jazmines, corre a través de ellos*

³ María Teresa León (1903-1988) menciona a Timoteo Pérez Rubio y a Rosa Chacel en varias ocasiones en sus *Memorias de la melancolía* (2020): se refiere al primero cuando habla de las labores de protección del Tesoro Artístico Nacional. A la segunda alude en dos ocasiones: por un lado, cuando recuerda el periodo que pasaron Alberti y ella junto a Rosa en Berlín; por otro, en el momento en el que rememora la estrecha amistad que la unía a Albornoz y Cernuda.

A Alfredo R. Orgaz⁴

La sibila que alumbra con su frente,
con su linterna de implacable brillo,
vio un colibrí y un tierno cabritillo
de tus ojos bebiendo en la corriente.

Vio una aurora de líneas, sonriente, 5
sobre la espuma del vivir sencillo
y la vio, partiendo de dorado ovillo,
la bondad de un estambre refulgente.

La candorosa liebre que te ama
en los íberos montes triste anida; 10
no en *wagon lit* ni Antiguo Testamento.

Si el almo soplo tu esperanza inflama
del vaticinio, aguarda, ¡por tu vida!
Solo madura el premio en su momento.

VARIANTES

11 Madrid 1936 y Valencia 1985: *no en «wagon lit» ni Antiguo Testamento*

13 Madrid 1936: *del vaticinio, aguarda ¡por tu vida!*

⁴ Alfredo Rodríguez Orgaz (1907-1994) desempeñó, entre 1931 y 1934, el cargo de arquitecto municipal en Granada y de arquitecto escolar en esta misma ciudad entre 1934 y 1936. Tras el estallido de la guerra civil, formó parte de la Junta del Tesoro Artístico, como Timoteo Pérez Rubio.

En un corsé de cálidas entrañas
 duerme una estrella, pasionaria o rosa,
 y allí la casta Ester, la misteriosa
 Cleopatra y otras cien reinas extrañas

con fieros gestos e indecibles mañas 5
 anidan entre hiedra rumorosa.
 Allí hierve el rubí que no reposa,
 pulsan sus arpas mélicas arañas.

⁵ Este poema lo reprodujeron Manuel Altolaguirre y Concha Méndez en el número 4 de *Caballo verde para la poesía*, aparecido en enero de 1936. En la entrada correspondiente al 7 de junio de 1975 de *Alcancia. Vuelta* (1982b), Chacel alude a la llegada a su casa de *Caballo verde*, que Timo le había remitido desde Río. Por la fecha, es posible que se refiera a la reedición facsímil de la revista que dirigió Lechner, publicada en 1974. La relectura del número en el que había aparecido su poema, la lleva a recordar que quien eligió ese soneto —que por aquel entonces todavía era inédito, puesto que su obra saldría en Héroe un poco más adelante, ese mismo año— fue Altolaguirre. En la entrada de su diario señala que, a pesar de que no es uno de sus poemas favoritos, tiene la esperanza de que su difusión pueda contribuir a que se lance una reedición de *A la orilla de un pozo*. Ese anhelo cobró forma cuando apareció la segunda edición del poemario, en 1985. La amiga a la que está dirigido el poema, Paz González, escultora, estudió junto a Timoteo Pérez Rubio y Rosa Chacel en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Por esa razón, en *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín* (2021) Chacel la menciona en varias ocasiones. En sus versos Chacel parece estar aludiendo al trabajo de modelaje que Paz González llevaba a cabo. Ester, personaje bíblico, y Cleopatra, reina egipcia, pueden ser aquí representaciones escultóricas.

Allí en el cáliz de la noche umbría
sus perlas vierte el ruiñeñor oscuro.
Allí sesteá el fiel león del día.

10

En su escondido sésamo seguro
custodia el grifo de la fantasía
de hirviente manantial el fuego puro.

Sabe: el silencio tuvo su prehistoria.
 La ilusión puso un huevo blanco y puro,
 Polinesia no daba aún su oscuro
 resplandor ni cuajaba en ti su gloria.

Llora y tiembla al pensar en la irrisoria 5
 ternura que retó al caimán impuro;
 derrotada en fatal golpe seguro
 pierde su dulce sangre expiatoria.

En el vergel de las fraternas flores
 hoy el silencio esquivo, corvo y cano, 10
 verás vagando como un perro avieso.

Salva de sus acechos mordedores
 el movedizo e insondable vano
 y pide a la verdad su blanco beso.

VARIANTES

2 Madrid 1936 y Valencia 1985: *La ilusión puso un huevo blanco y ciego.*

⁶ Mariano Rodríguez Orgaz (1903-1940), hermano de Alfredo Rodríguez Orgaz, fue un arquitecto, pintor y dibujante español exiliado en México tras la guerra civil. Ya había viajado a este país antes de la guerra. En esa ocasión se sintió tan impresionado por la belleza de los monumentos prehispánicos que cuando volvió a Madrid, organizó una exposición con algunos de los dibujos que había hecho en el país americano. En el poema Chacel alude cifradamente a esta fascinación que Mariano Rodríguez Orgaz manifestó por las culturas antiguas. En la biografía de su marido, la autora señala que Timoteo y ella lo habían conocido en París durante los años veinte.

Si ese argonauta⁸ muerde tus tobillos,
ese que de Saturno⁹, gris, desciende;
si el enjambre ancestral ante ti extiende
el mármol pez de sus clamantes brillos,

⁷ Blanca Chacel Arimón (1914-2002), hermana de Rosa Chacel, se llevaba con ella dieciséis años. En enero de 1937 fue nombrada auxiliar de Archivos, Bibliotecas y Museos, y a partir de septiembre de este mismo año formó parte de la Junta Central de Protección del Tesoro Artístico, que dirigía Timoteo. Recientemente, a partir de la aparición de una novela que recrea experiencias protagonizadas por ella, *La biblioteca de fuego* (2022) de María Zaragoza, se ha encarecido la labor que realizó al transportar a pie hasta Francia, junto a una amiga, dos maletas llenas de fichas con la información sobre la localización de objetos artísticos protegidos. Blanca Chacel colaboró, como su hermana y su cuñado, en la revista *Hora de España*. De hecho, en una de las noticias que este medio incluye se menciona su participación en una de las representaciones teatrales que se hicieron en honor a Lorca durante la guerra. En la biografía de su marido, *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín* (2021), Rosa Chacel explica que su hermana vivió con ellos durante una temporada. De hecho, Shirley Mangini (2001) indica que la crisis nerviosa que sufrió la escritora durante los años treinta estuvo provocada por el descubrimiento de las relaciones que Blanca y Timoteo habían establecido. Es posible que por esta razón Blanca no aparezca de forma frecuente en los diarios de Chacel. Quizá en el enfriamiento de su relación influyese también la distancia entre las localizaciones en las que ambas se establecieron después de la guerra: mientras Rosa lo hizo a caballo entre Brasil y Argentina, Blanca se trasladó a México. En sus diarios, sin embargo, la autora da a entender que a partir de una visita que realiza a este último país durante uno de los años que pasó en Nueva York retoman la comunicación.

⁸ *Argonauta*: uno de los compañeros de Jasón en el viaje que emprendió a la Cólquide para conseguir el vellocino de oro (Grimal, 2008).

⁹ *Saturno*: antiguo dios itálico identificado con Crono al que se le dedicaban unas fiestas de carácter más o menos licencioso al final del año

y el albatros insomne de amarillos
ijares, que el Simún¹⁰ en ira enciende,
bate su clava intrépida y emprende,
tinto en furor, la lid de sus anillos. 5

No temas, el olivo es justiciero
como un tamiz de estrofas algebraicas 10
y en el dechado azul los duelos huyen.

El flauto, fiel al hombre, es el primero
y las tulipas que hoy extingue arcaicas
el invierno, otro día en ti confluyen.

VARIANTES

2 Madrid 1936 y Valencia 1985: *ese que de Saturno, gris, desciende.*

4 Madrid 1936 y Valencia 1985: *el mármol pez, de sus clamantes
brillos.*

5 Madrid 1936 y Valencia 1985: *Y el albatros insomne, de amarillos*

14 Madrid 1936: *el invierno, otro día en ti concluyen.*

durante las cuales se subvertían las reglas sociales (Grimal, 2008). La autora se inspira en su nombre para el título de su ensayo *Saturnal*. En su cosmovisión lo saturnal se relaciona con lo erótico.

¹⁰ *Simún*: viento abrasador que procede de África y Arabia.

Yo veo a tu dragón llorando ciego,
 con el hambre clavada entre las cejas,
 lamer la sombra, cuando tú te alejas
 y queda yerto el polvo de tu fuego.

Zozobrar en el rojo, ingente riego 5
 de fluviales hespérides¹² complejas,
 limpiar su pelo de memorias viejas
 y sonreír, agonizando luego.

Si la piedad su tierna flor incubaba
 para ti, entre blasfemias y escorpiones, 10
 el placer del martirio es tu camino.

¹¹ Rosa Chacel hizo amistad con Pablo Neruda (1904-1973) y con su segunda mujer, Delia del Carril, a raíz del establecimiento de la pareja en España, en el periodo en el que el poeta ocupó un cargo diplomático en Madrid. En la entrevista que le concede a María Asunción Mateo, Chacel rememora una anécdota relacionada con Neruda que siempre la hacía sonreír: en plena guerra, la escritora había censurado el atuendo que una joven bailarina extranjera que había llegado con las Brigadas Internacionales llevaba y el chileno le había contestado: «Siempre serás una señorita de Valladolid» (1993: 73).

¹² *Hespérides*: las hespérides son las ninfas del Ocaso, hijas de la Noche. Se las situaba al pie del monte Atlas. Su función era vigilar, junto a un dragón, el jardín de las Hespérides, donde crecían las manzanas de oro que la Tierra había regalado a Zeus y Hera como obsequio de boda. Esta localización se asocia con el mito de Hércules, porque uno de sus trabajos consistía en apropiarse de las manzanas venciendo al dragón (Grimal, 2008; Revilla, 2018).

Cuando a tu frente el sacro aliento suba,
cautiva el canon, luz de sus lecciones,
y plántalo en el centro de tu sino.

VARIANTES

1 Madrid 1936, Valencia 1985 y Valladolid 1989: *Yo veo a tu
dragón, llorando ciego,*

Una música oscura, temblorosa,
cruzada de relámpagos y trinos,
de maléficos hálitos, divinos,
del negro lirio y de la ebúrnea rosa.

¹³ A Rosa Chacel y a María Zambrano (1904-1991) las unió la amistad y la admiración mutua. Junto a la pintora Maruja Mallo, la filósofa y la escritora fueron las únicas mujeres que tuvieron acceso al círculo intelectual de Ortega y Gasset. En una declaración que traslada Pepa Merlo (2022), Zambrano afirmaba que se había sentido fascinada por Chacel desde que le habían hablado de una muchacha que casi con su misma edad disertaba sobre Nietzsche en el Ateneo de Madrid. Y la escritora en una carta que escribió a la filósofa y publicó la revista *Cuadernos hispanoamericanos* indicaba que, aunque ella era mayor, siempre había percibido a su amiga más avanzada en el trayecto intelectual debido a que, desde el principio, la sintió «investida de un ingénito magisterio» (1984: 6). Aunque durante la guerra tuvieron sus diferencias por cuestiones ideológicas —Chacel se sentía más afín al anarquismo y Zambrano al comunismo; su postura respecto a Ortega, que había sido muy crítico con el bando republicano, había variado— y biográficas —la primera se marchó pronto al exilio; la segunda se quedó hasta el final del conflicto en España—, ya en la Transición mostraron que los puntos de confluencia que las unían eran más importantes que los desencuentros que las habían separado. En la citada misiva que Chacel destina a Zambrano, indica que bajo el signo de la «ebúrnea rosa» late la identificación de la filósofa con la rosa mística a partir de las impresiones suscitadas por el recuerdo del cuento *La bella y la bestia*. La referencia al amor quizás tenga que ver con lo que Chacel le comenta a María Asunción Mateo respecto a su amiga: «puedo decirte que yo casi la “casé” [...], porque él estaba muy enamorado, pero María no acababa de decidirse y yo la ayudé a hacerlo» (1993: 70).

Una página helada, que no osa
copiar la faz de inconciliables sinos. 5
Un nudo de silencios vespertinos
y una duda en su órbita espinosa.

Sé que se llamó amor. No he olvidado,
tampoco, que seráficas legiones 10
hacen pasar las hojas de la historia.

Teje tu tela en el laurel dorado,
mientras oyes zumbiar los corazones,
y bebe el néctar fiel de tu memoria.

VARIANTES

10 Valladolid 1989: *tampoco, qué seráficas legiones*